

Huellas de una cabecita negra

DE MARÍA IRMA ORTELLADO

Es la vida corazon que este libro te
parezca alegre.
Que le guste a mi madre, a mi
mujer que luchó en el campo
continuo y asiente de la vida
misionero. por sus otros hijos
no sufriera. e mi material
mis experiencias. suyo
trabaja con fidelidad
la rebeldes. los y son los
de nuestros años, los que nos
que copian con la vida entre otros
cosas, como la vida importante
a sus niños y el respeto
por sus viejos. lo que son
sagrados referidos todos ellos
por este libro. no sentido
homenaje. y los que hacen
posible el mundo de plasma
en el papel. este autógrafo
vaya mi eterna gratitud.

María Irma Ortellado

arte de tapa. mauro vallorta

EDITORIAL MARTIN

Para Ruben Santillon
con Corina

Maria Goma Artellado

7/12/11

Irma Ortellado

**Huellas de una
cabecita negra**

Gracias a:

Marcelo Maran: Dramaturgo - Director

Mauro Valtorta: Artista plástico

Marcos Alosi y Juan Sánchez: Diseñadores

Lucas Ruggirello: Fotógrafo

Achu Bellido: Actriz

Silvia Lascar: Docente

y a todos los que hicieron posible este sueño

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723 de Propiedad Intelectual.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio o método, sin autorización previa de la autora

IMPRESO EN ARGENTINA

EDITORIAL MARTIN

Primera edición: noviembre de 2009

Primera reimpresión: febrero de 2011

ISBN: 978-987-543-354-0

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Multicopy sitos en calle Catamarca 3002 de la ciudad de Mar del Plata, en febrero de 2011.

Espero de corazón que este libro les
parezca alegre.
Que le guste a mi madre, una
mujer que luchó en el paisaje
conturbador y agreste de la selva
misionera, pero que sus ojos hijos
no supieron haberme ni material
ni espiritual. Que me supio
transmitir con total fidelidad
los costumbres sencillas y sonros
de nuestros ancestros, los guaraníes
que conocen como nadie entre otros
cosas, cómo hacer sentir importantes
a sus niños y guardar respeto
por sus Viejos como lo que son,
sagrados referentes. A todos ellos
voy a este simple pero sentido
homenaje. Y a todos los que hicieron
posible el sueño de plasmar
en el papel esta autobiografía
voy a mi eterna gratitud.

Mario Yama Ortellada

Primero, Carta a los Corintios

Hermanos tengan en cuenta los que han sido llamados pues no hay entre ustedes muchos sabios hablando humanamente, pues Dios elige lo que el mundo tiene por necio para confundir a los sabios, lo que es débil para confundir a los fuertes, y lo que no vale para aniquilar a lo que vale. De modo que, como dice la escritura:
«Todo el que se gloria, que se gloríe en el señor»

Mi nombre es María Irma Ortellado. Nací en la provincia de Misiones; hija de una pareja de paraguayos mestizos. Heredé de los indios guaraníes «La vieja ciencia de los pobres» como escribe Julián Cini, y de los españoles heredé también la fe del cristianismo y el amor a la reflexión. Después de haber dedicado gran parte de mi vida a la lectura, a los 48 años me inscribí en una escuela de adultos con el fin de acompañar a mis dos hijos a completar su instrucción. Allí conocí a una maravillosa docente, la señora Silvia Lascar, que me alentó a escribir estas páginas que cuento, parafraseando a la escritora Silvina Bullrich: «Con mucho, poco o quizás ningún talento y que espero sean de su agrado».

No podía escribir nada sobre mí, sin recordar a mis padres.

El, viudo, de sus primeras nupcias, se conocieron en los yerbales misioneros y desde entonces solo se tenían el uno al otro. Ellos, el trabajo de sol a sol y sus ocho hijos. Cuatro varones, tres mujeres y Roberto, que ya integraba la familia del primer matrimonio de papá.

Trabajaban juntos en el campo aún cuando ella estaba embarazada, pues si no sencillamente no podíamos alimentarnos e ir a la escuela. Esa escuela que tanta esperanza representaba para la familia, pues cuando era cos-

tumbre que los niños abandonaran la escuela en tiempo de cosecha, mi madre fue tajante; mis hermanos en edad escolar trabajarían solo media jornada, era sagrado, tanto como el rosario de la noche o la misa de los domingos.

Mis primeros recuerdos son de una hamaca paraguaya que mi madre improvisaba entre las plantas de yerba con unos lienzos que se usaba para recoger la yerba.

Mamá no tenía mucho tiempo que compartir con nosotros, fue quizás por eso que cuando empecé a caminar se alegró de que yo fuera tan «buenita»; así comentaba con mi papá. Lo que su ocupación y su cansancio le impedía darse cuenta era que yo había nacido con un extraño estupor en el cuerpo, lo que para otro chico era normal cómo correr o hacer travesuras, para mi representaba un tormento. Sólo cuando llegue a la edad escolar toda la familia empezó a angustiarse porque yo no reaccionaba como mis hermanos que estudiaban y trabajaban. Empezaron a tratar de hacerme reaccionar de diferentes maneras. La angustia de la familia provenía de que todos sabían que en Misiones, para sobrevivir en zona rural, hay que luchar con una entereza casi sobrenatural. Mientras más ellos se desesperaban, yo solo atinaba a llorar.

Aunque no era idónea para trabajar empecé sí a percibir que me rodeaba un paisaje tan hermoso, casi indescriptible. Tanto las plantas, los animales, las flores, ese camino extraordinario con arroyuelos minados de preciosas mariposas, todo, absolutamente todo invitaba a la contemplación.

Alguien dijo alguna vez que la fe incommovible elimina el temor, y realmente no encuentro otra definición mejor para mamá. Trabajaba mucho cualquiera opinaría que sin esperanza pues, con el arduo trabajo de toda la familia apenas si podíamos engañar al estomago. Pero ellos eran valientes, tenían tanta templanza que no se detenían ante nada. De lunes a viernes generalmente era la cosecha y los sábados eran los días de sembrar los alrededores de nuestra humilde vivienda.

Papa sembraba mandioca, hortalizas y legumbres, para que no faltara la comida. Hoy, al ver en las grandes ciudades a la gente comiendo basura siento nostalgia de esa pobreza digna de mi niñez.

Mamá

Mamá practicaba la religión católica y como la mayoría de los misioneros era ferviente mas no fanática. En medio de la selva recibía, de Posadas, material para catequizar, integraba un grupo denominado «Legión de María». Pero lo que más me llamaba la atención era que a pesar de su inteligencia y su capacidad para misionar, jamás le interesaron las jerarquías dentro del grupo.

Todavía la recuerdo a pesar de su cansancio ir a la iglesia siempre con el mismo vestidito azul de lienzo y el mismo rodete, ya sea para una novena o para la visita anual del Obispo.

Los sábados por la tarde nos mandaba a ordenar un poco el patio pues llegaban chicos de largas distancias para asistir a lo que todos llamaban «La doctrina». Era la preparación para la primera comunión y la confirmación, duraba dos años. Pero a mí siempre me hacía repetir el curso pues, a pesar de mi devoción, decía que yo debía vencer la soberbia entre otros pecados capitales.

Cierta vez había acontecido un golpe de estado, cosa no tan rara en la historia de nuestro país, entonces llegó a nuestra casa un policía, pues se corría el rumor de que mamá enseñaba cierta «doctrina».

Después de tomar mate con papá y mantener una larga charla en guaraní, el grueso agente se marchó mansamente como había llegado.

Papá

Era un hombre, un campesino más que rudo, valiente, luchaba a brazo partido para mantenernos.

Sufría raros cambios de carácter era lo que ahora se denomina bipolar, pues en algunos momentos tenía miedo de que pasáramos hambre y ese mismo día sufría de un ataque de euforia que lo decidía a una mudanza.

En realidad, si Santo Pipó, nuestro pueblo tuviera calles vecinales numeradas mi documento estaría lleno de numeraciones. Siempre andábamos de un establecimiento a otro con nuestras pocas ropas, ¿total?, no teníamos muebles. En todos lados nos recibían bien ya que su fama de hombre justo y trabajador era reconocida.

Sólo tenía problemas con los judíos, así denominaba mi padre a los administradores de las chacras. Eran casi todos alemanes, empleados de la cantidad de suizo-argentinos afincados en Misiones. Además papá no conocía a ningún judío. El no leía la Biblia, solo guardaba silencio respetuoso cuando mamá nos explicaba algo, así que todavía ignoro de donde obtuvo papá la idea de que los judíos eran avaros.

Yo solo sé que en sus discusiones con las caras impermeables de los administradores terminaban con un tajante ¡Usted lo que es un judío! A pesar de todo eso nuestra vida era linda, mamá y papá priorizaban la comida y por lo demás, nos inculcaban el conformismo y la práctica de la «fe», «esperanza» y «caridad».

Navidad en la selva

Me gustaría poseer mucho talento e instrucción para describir lo increíblemente mágico que era el tiempo de adviento en mi hogar.

En nuestras múltiples mudanzas mamá cuidaba que no se rompiera nada de algo muypreciado para la familia, el pesebre.

Mi madre tejía las hojas de palmeras a la entrada de éste, además el árbol era siempre un hermoso pino elegido por todo el grupo familiar.

Después, mamá tomaba unos centavos destinados para esa ocasión y compraba un paquetito de caramelos brillantes para adornarlos.

El clima de navidad era simplemente algo que para mí sería inolvidable.

De lejos llegaban las familias a ofrecer sus ofrendas que consistían casi siempre en los primeros melones, sandías y demás.

Después con el tiempo en Buenos Aires tuve oportunidad de servir en casa de los ricos, donde se hacían celebraciones fastuosas, mas nunca pude volver a respirar ese clima que se percibía de navidad en la selva misionera.

Sobrevivir honradamente con el trabajo rural resultaba penoso para cualquier persona, máximo para mí papá

que sufría tan bruscos cambios de carácter. Es que en su escasísima instrucción ellos ignoraban que sobre nuestra familia acechaba esa «víbora despiadada llamada enfermedad» como describió a la enfermedad la escritora Silvina Bullrich en su cuento un «Hombre con historia»

Éxodo

El primero en viajar a Buenos Aires fue mi hermano Roberto, el mayor, tras quedarse trabajando un tiempo volvía con muchas tentadoras novedades.

Junto con los regalos trajo un roperito que tenía un lindo espejo y una plancha a bencina para que mamá no tuviera que usar más la plancha a carbón. En sus múltiples narraciones nos comentó que en la gran capital había que trabajar «si», pero con mucho más confort y mejor paga, que los cabecitas negras eran preferidos por los dueños de las empresas por su honestidad y manse dumbre. Además todos mis hermanos poseían el diploma de séptimo grado, título nada despreciable para la década de los sesenta.

Fue así, que uno a uno mis hermanos fueron armando sus maletas para ir a la gran ciudad.

Pronto llegaron las buenas noticias, dos de mis hermanos consiguieron de lavacopas, justo enfrente al congreso, estuvieron en ese puesto una semana porque después los ascendieron a mozos. Las cartas que enviaban eran por demás entusiastas y lo mejor adentro de las mismas llegaban giros de dinero, lo que hacía más llevadera nuestra existencia.

Lo que parecía el principio, por fin después de tanto

sacrificio de parte de mis padres de un poco de tranquilidad, fue en realidad el fin de nuestra unidad familiar.

Papá decidió que toda la familia se trasladara a Buenos Aires a un barrio nuevo en Burzaco, partido de Almirante Brown.

Al principio todo nos sorprendía.

El inodoro blanco que reemplazaba nuestra letrina en la selva, además no había que ir a buscar agua al manantial, sino que mirábamos con asombro cómo nos proveía agua una bomba de mano, todo lo habían preparado mis hermanos para nosotros y sobre todo para nuestra adorada madre.

Corría el año 1969 y en la Capital Federal y el Gran Buenos Aires había trabajo. Mis seis hermanos tenían buen trabajo, solo mi hermano Osvaldo y yo íbamos a la escuela.

Uno de mis hermanos mayores, Carlos, ya casado instaló una casillita al fondo. ¡Todo era muy hermoso para ser verdad!. Armábamos los domingos largas mesas familiares para comer ricos asados, hasta que entró a rondar la serpiente, desconocida por nosotros, llamada «esquizofrenia».

Nadie en la familia se percató, que la convención a ultranza de mi tercer hermano Aníbal al comunismo era más que nada, el primer síntoma de un delirio religioso. Las discusiones se sucedían sobre todo con mamá.

Los que más sufríamos las desavenencias éramos mi hermano Osvaldo de once y yo que tenía nueve, pues Aníbal nos tomó prácticamente de rehenes. Según él, debíamos olvidar las enseñanzas cristianas que él calificaba como una réplica del cuento de caperucita roja que pasa de generación en generación.

También mi hermano Carlos se mostraba muy nervioso y maltrataba a su esposa.

Mamá en tanto, aunque confundida trataba de manejar la situación con paciencia y lucidez, aunque ignoraba que mis hermanos debían recibir atención médica.

Así fue que nos quedamos un año en el gran Buenos Aires.

Luego de grandes conflictos siempre por la misma causa nos volvimos al pueblo. Y vuelta a lo mismo buscar una tapera donde quedarse, vuelta a conseguir un casal de gallinas, otra vez a la cosecha.

En Buenos Aires se quedaron mis cinco hermanos mayores, sólo dos de mis hermanos y yo volvimos con mamá y papá.

Para mí el paso por el Gran Buenos Aires fue una gran experiencia empecé sin dificultad el quinto grado, pero se armó una gran discusión entre papá y mamá puesto que a mi hermano Osvaldo le faltaba un año para concluir el séptimo grado. Papá opinaba que dada nuestra estrecha situación económica Osvaldo debía dedicar toda la jornada a trabajar. Pero una vez nuestra

madre dejó de lado su mansedumbre, que distingue a nosotras las mujeres del interior y su decisión una vez más primó: todos, los ocho hermanos debíamos terminar el séptimo grado.

Mi hermano Lalo me enviaba mensualmente revistas escolares y libros infantiles y todo aquello que ellos no pudieron tener.

Así transcurrieron seis meses hasta que al fin ocurrió algo que nos cambiaría la vida a todos pero sobre todo a mamá.

Mis hermanos habían reunido cuarenta mil pesos para comprar una parcela de tierra. Transcurría entonces el gobierno del general Lanusse y mi padre sacó un rollito de billetes penosamente ganado, eran diez mil pesos que se había reunido entre grandes privaciones. También era una de las pocas veces que vi llorar a mi madre de alegría pues las demás veces lloraba de pena.

Después de una corta búsqueda, mi padre encontró tres hectáreas de tierra en un valle que se asemejaba a los dibujos del paraíso terrenal de los libros de mamá.

Todo el terreno tenía hermosas plantas de yerba y además había plantas de naranjas, mandarinas, bananas, ananás.

Aquello no se asemejaba a nuestro sueño sino que sencillamente era mucho más que todo cuanto habíamos imaginado.

Juan Pablo II

Sólo lo conocí a través de fotografías a su Santidad el Papa polaco. Pero tengo la extraña sensación de que fue mi vecino; pues en Misiones la colectividad polaca se extiende a toda la provincia de misiones.

El cura de mi pueblo, un alemán curtido, me hablaba siempre de la definición que un sabio pagano había dado sobre el cristianismo.

Decía ese sabio, que los cristianos se parecían a una piedra en el río mojada por fuera, pero que si alguien la rompía veía que por dentro estaba seca. Es decir, que no practicaban lo que pregonaban con los labios.

Esto, doy fe, no ocurría con los polacos, pues el cumplimiento de la ley cristiana era para ellos sagrado. Solidarios siempre nos miraban con simpatía, nos invitaban a todas sus fiestas, los niños éramos los privilegiados, nos sentaban a una larga mesa donde nos agasajaban con todo tipo de manjares caseros, por supuesto, al estilo polaco.

Además eran amantes como nadie de la convivencia en paz. Mi padre en verano cuando no había cosecha le carpía las chacras a algún polaco.

Había uno en particular, Don Martín Rubes, él no hablaba español, nunca había aprendido. A su vez, mi padre hablaba sólo guaraní.

Todavía hoy me pregunto como fue que se hicieron grandes amigos, lo cierto es que terminar la primaria y sobrevivir mucho de todo eso se lo debo a los polacos.

La radio en la selva nuestro gran entretenimiento y parte del aprendizaje de los hijos de los cosecheros se lo debemos a la radio.

Nos despertaba a las cinco de la mañana un programa dirigido por el nunca bien ponderado Don Silvio Orlando Romero que se denominaba «Mi tierra roja».

Como a esa hora el conductor sabía que nos preparábamos para salir a trabajar, nos hacía chanzas en guaraní.

Un día recibió una carta de un oyente de Posadas reprochándole que cómo en una radio tan prestigiosa como la L.T.4. Radio Difusora Misiones se hablaba de tantas vulgaridades, a lo que Don Silvio contestó que si no se equivocaba la palabra vulgo en el diccionario de la Real Academia española significa «Costumbres del pueblo» y el se sentía orgulloso de ser un conocedor de las costumbres de su pueblo. Desde entonces muchas veces por diversos motivos sentí baja autoestima, más jamás por ser la hija de un tarifero.

La vuelta

La noticia de que por fin éramos propietarios hizo que mis hermanos no soportaran más la nostalgia por la tierra y de a uno fueron volviendo. El primero en llegar fue Aníbal, se lo notaba muy cambiado, pero aún así, cuando tenía momentos de lucidez era un muchacho sumamente capaz y trabajador. Cuando estábamos a solas en el campo me hablaba sobre «El Che Guevara», me contó de la comunión que el sentía con la sed de justicia de aquel guerrillero que yo nunca antes había escuchado mencionar.

Cuando nuestra madre se enteró solo atinó a crispar los labios, luego habló con él en privado, nunca supe de lo que hablaron pero su relación quedó prácticamente quebrada, yo me angustie mucho lloré amargamente pues admiraba tanto a mi madre como a mi hermano.

Décadas después tuve oportunidad de ver por televisión una de las últimas visitas de Juan Pablo II al exterior, en Cuba. Me emocioné tanto que desee fervientemente que mi madre y mi hermano estuviesen conmigo.

La primera ida al cine

Fue el patrón de la Santa María que prestó el camión para que todos nos trasladáramos a San Ignacio, ciudad más cercana y cabecera del departamento, pues había grandes comentarios porque allí se proyectaría «El santo de la espada», sobre la vida del general San Martín.

El capataz ató unas sogas de un extremo a otro para que pudiéramos tomarnos, tomarnos fuertemente.

Y allí fuimos todos grandes y chicos con la ilusión de conocer la pantalla grande, también estaba programado una visita a la casa de Horacio Quiroga, escritor. Según la maestra nos honrara eligiendo nuestra provincia para plasmar parte de su vasta obra.

Llegamos y entramos al cine, yo estaba tan emocionado que apenas recuerdo algunos pasajes de las películas. Luego recorrimos las ruinas jesuíticas pero no pudimos llegar hasta la casa de Horacio Quiroga pues si mal no recuerdo el camión se averió.

Aunque me encantaba asistir a la escuela lo que más me gustaba era compartir algunos minutos libres con mis padres que en realidad fueron mis primeros referentes en mi vida, sin exagerar creo que conformaban una pareja de colosos.

Cierta vez, tratando de prender el fuego, conversaba yo con mi padre y le comentaba lo aburrido e inútil que me parecía el nombre de nuestro pueblo Santo Pipó -le dije- ¿Porqué le pondrían un nombre tan tonto un nombre que no decía nada? Entonces el viejo Cantalicio mi padre, me explicó que al llegar los padres jesuitas a la zona, convirtieron al cristianismo a la mayoría de los nativos, pues la promesa del paraíso terrenal coincidía con la religión de los guaraníes de buscar la «Tierra sin mal».

Por esa razón y en una recorrida por la costa del Paraná encontraron justo frente a nuestro pueblo una roca que tenía nítidamente grabados unos pies y una mano, lo que atribuyeron a las huellas de un santo, dijeron mirando detenidamente a la piedra: «Este santo py-po-rè» que quiere decir huellas de un santo.

Es por eso que no debe parecerte tonto el nombre de tu pueblo por el contrario su sentido es muy profundo, sentenció mi padre.

El viaje

Cursaba yo el quinto grado cuando la directora de la escuela nos hizo una visita en el aula, era para anunciarnos que nuestra escuela había sido elegida para pasar diez días en el complejo hotelero de Chapadmalal, en Mar del Plata. Los preparativos causaron un gran revuelo, le escribí a mi hermano Carlos que trabajaba en Capital Federal para decirle que no tenía malla, a los quince días llegó un paquete con una hermosa malla color naranja, son gestos de cariño y fraternidad que nunca olvidaré.

Unos días antes de viajar nos avisaron que finalmente el destino del viaje había sido cambiado iríamos al complejo hotelero de embalse de Río Tercero, y hacía allí partimos un mes de noviembre.

Muchos compañeros era la primera vez que salíamos del pueblo. Yo, en particular, era la primera vez que visitaba un hotel.

Todo nos sorprendía, las instalaciones, la comida, y sobretodo lo hermoso del paisaje serrano.

El alemán

Otra persona que quiero mencionar es el gerente del almacén de ramos generales del paraje.

Su nombre Don Esteban, un alemán que dominaba el guaraní, el alemán, el polaco así que se entendía a la perfección con nativos e inmigrantes.

Don Esteban parecía parco e indiferente, pero detrás de esa apariencia se escondía una persona cálida y comprensiva. Cierta vez fuimos invitados a la boda de una parejita muy pobre (de bolsillo).

El almacenero nos sorprendió gratamente pues en medio del baile asaltó por sorpresa a la novia quitándole un zapato, inició muy seriamente un remate con el fin de recaudar fondos para el primer pedido de mercadería que realizaría la joven pareja.

El remate tenía como promesa el derecho de bailar con la novia, fue así, que con una simpatía inusual Don Esteban logró superar ampliamente lo que recaudaba el cura en la misa de los primeros domingos del mes.

Así fue como todos aprendimos que si nos manteníamos unidos y con valor ahuyentaríamos el temor a la pobreza que constantemente acechaba a nuestras familias.

Mi camino

Si tengo que continuar comentando sobre la estupidez que pesaba sobre mi cuerpo, estos comentarios pasarían a ser muy tristes si viera la vida con el cristal de una víctima, pero en cambio, íntimamente abrigaba yo la ilusión de cultivarme lo suficiente con el fin de realizar alguna actividad alternativa a las tareas de una casa de campo. Para ello cuando terminé la primaria me encontré con la dificultad que como cita nuestro querido poeta uruguayo Alfredo Zitarrosa «Cierto que quiso querer, pero no pudo poder».

Mis padres me comunicaron que de ninguna manera podía la familia sostener los gastos que significaba seguir estudiando, en cambio me aconsejaron poner más empeño en las tareas del hogar y el campo. Yo oía pero no escuchaba continuaba como hechizada leyendo todo material que conseguía y me convertí en una seguidora invariable de los programas de radio que me podían aportar algún enriquecimiento cultural.

Existe una canción que dice «Jamás podré elogiar a mi pobreza». Y es cierto la pobreza hiere y en el mejor de los casos divide a las familias.

No. No puedo elogiar la pobreza de mi niñez pero no puedo menos que admirar el valor con que mis pa-

dres y hermanos se manejaban siempre de pie, de cara al estudio y el trabajo sin darle el lujo de fantasear ni de soñar con falsas expectativas. Aún así la vida no parecía dispuesta a dar tregua a mi familia.

La tragedia empezó cuando Aníbal, uno de mis hermanos antes ya mencionado, fue acusado de intentar violar a *si ex novia*, se lo llevó la policía y mi hermano entró en crisis de delirio del que ya no saldría nunca más, salvo alivios temporales.

En uno de esos casos pareció recuperarse y se casó con una jovencita del lugar. Tuvieron un hijo, Javier, pero la joven falleció al año, empujando a mi hermano a una situación irreversible.

En ese lapso mi madre de solo cuarenta y nueve años comenzó a sentir fuertes dolores de abdomen. El diagnóstico: Cáncer de colon. No podré describir con exactitud lo terrible de nuestra situación en los últimos seis meses de vida de mamá. Ni lo que ganaban mis hermanos, ni la venta de nuestra heladera a kerosene y nuestra cocina, lograron cubrir los gastos de los calmantes. Luego de su muerte sólo el dolor, la crisis de nervios de mi hermana Dora que la había asistido al final. En su preocupación por mis quince escasos años mi madre me pidió «No te separes de tu padre». Pero yo que no lograba comprender la seriedad del peligro de estar sola en la vida y aún más, en la etapa de la adolescencia pronto olvidando las recomendaciones de mi madre comencé a desobedecer a papá y eso por cierto me costaría muchas lágrimas. Una de las picardías que imprudentemente yo cometía era hablar y

reír con varones en público, pues eso no se estilaba en las muchachas de la zona rural, pues todo se permitía siempre que nadie se enterara y aunque yo sabía que mi actitud enfurecía a las comadres y a mi padre, la situación me divertía muchísimo.

Así fue que mi reputación fue decayendo hasta que un día mi padre me expulsó no solo de la casa sino que me sugirió que nunca más apareciera por el pueblo.

Es la mayor de mis hermanas, tenía escasos siete años cuando yo nací, bella, poseedora de gran inteligencia y dotes de ama de casa.

Yo siempre la relacioné con Marta, la muchacha que en el evangelio no cesaba de limpiar y de servir mientras María reflexionaba.

Lo que quizás mi necedad no me dejaba ver, era que ella en ningún momento había tenido la opción de elegir su postura ante la vida.

Llegué a detestarla pues siempre criticaba mi falta de dedicación en el hogar.

Se casó a los diecinueve años y ya a los veintitrés tenía tres hermosos niños, que eran también toda mi alegría.

Cuando mi padre me echó coincidió con la pérdida del trabajo que su esposo mantenía en el molino de yerba del pueblo.

Mi hermana se hizo cargo de mi, que en mi angustia había dejado de comer y de dormir llegando a pesar escasos treinta y cinco kilos. La situación económica se

volvió insostenible entonces nos volvimos a trasladar a Buenos Aires; recalamos en una casita, en la periferia de la ciudad de Berazategui. Una vez instalados allí, mi hermana en su exagerado amor al aseo nos obligó a quitarnos la ropa para lavarlas y tenderlas ¡Oh sorpresa! Al otro día no quedaba ninguna, se la habían robado dejándonos semidesnudos.

Después de ésta anécdota no muy positiva, lo bueno era que mis hermanos tenían mucha esperanza. Isabel se había hecho cargo de mí y de mi hermano Aníbal y su pequeño hijo Javier. Aníbal se encontraba en estado crítico y yo tampoco ayudaba gran cosa.

Por lo demás todos volvieron a encontrar trabajo, mis hermanos en el rubro gastronómico y mi cuñado Germán, esposo de Isabel quien era lo más parecido que he conocido a San José, en la construcción. Cuando todo parecía encausarse hacia la normalidad un dos de enero de ese próximo año, Germán, cayó de un andamio perdiendo la vida y dejando así huérfanos a sus tres hijos, a su sobrino Javier, a Aníbal y a mí.

Nuestra vida cambió radicalmente, me acerqué a la bolsa de trabajo de la catedral de Quilmes allí me eligió una familia de Quilmes oeste.

A los pocos días creyendo que los conmovería en mi desesperación les comenté que no me sentía bien, en síntesis, me echaron yendo a la bolsa prohibieron que me tomaran de nuevo.

Volví al barrio sin esperanza, le comente a una monjita pequeña e inquieta de la capilla del barrio mi situación, la hermana me brindó contención y me prometió que pron-

to hallaríamos una solución. A los dos o tres días vino a buscarme y me presentó una pareja de personas mayores. El señor algo más joven, la mujer sufría de diabetes y a causa de ese mal había perdido una pierna y la vista.

Yo, naturalmente, debía ocuparme de cuidarla. Todo transcurría en la mayor armonía. Ya la anciana estaba encariñada conmigo, hasta que de pronto el hombre empezó a tener actitudes raras para conmigo, empezó a visitar mi cuarto, no hacía nada en particular me hablaba dulces palabras en guaraní y a veces me besaba las manos. En definitiva y por mi falta de experiencia terminé involucrándome con él, no quiso según él que fuéramos sólo amantes hablaba de tener hijos conmigo. Mi conciencia por mi parte entró en una terrible confusión, hablé con mi hermana, ella a su vez se asustó y le contó el inconveniente a mis hermanos, que no comprendieron la situación. Lo que ocurría era simple, yo con mis veinte años me había convertido en una chica problema y ellos ya no tenían tiempo para mí.

Por mi parte me di cuenta que debía tomar decisiones, le dije al hombre que me iba, lloró, me preguntó si era por la diferencia de edad, y callé, quedándome para toda la vida un nudo en la garganta por no haberle dicho que era sólo por respeto a su mujer.

Luego me fui, después de mirar largas horas el Río de la Plata deseché con oraciones la idea que más me acechaba desde la muerte de mamá, el suicidio.

Y volví a las largas colas de la bolsa de trabajo de la catedral de Quilmes. Cuando por fin llegó mi turno me

enteré que no permitirían trabajar ya que estaba asentado que yo era una persona enferma.

Les dije que cometían un error que mi defecto consistía en mi falta de experiencia y que eso me convertía en una colaboradora muy lenta. Me contestaron que me retirara no había lugar para mí. Cuando de pronto una mujer muy joven y bella que estaba buscando una sirvienta alzó la voz diciendo: -Señoras, sinceridad es lo que busco y esta chica me parece en absoluto sincera. Le dijeron que si me tomaba era bajo su absoluta responsabilidad, la joven sonrió: -Me llamo Cristina García, me dijo, y subimos a su pequeño auto, llegamos a una casita vieja en el centro de Quilmes. Allí me presentó a sus dos pequeños hijos, un varón y una niñita bebé. A mí me pareció mentira haber encontrado ese trabajo, pues la joven pareja me trataba tan familiarmente, el hogar era tan pero tan cálido que por primera vez empecé después de mucho tiempo a sentir una gran sensación de paz.

La joven Cristina amaba el arte, hacía la cerámica, pintaba y me estimulaba a seguir con mi pasión, la lectura.

La joven me dijo un día: - No te sientas rara por pensar en algo más que tu sustento, pues toda persona que posee alma, se inclina siempre por el arte, la ciencia, la religión y la filosofía. Me presto libros de Herman Hesse y otros escritores que yo no conocía y que hacían las delicias de mis noches. Llegamos a hacer amistad tan conforme estábamos las dos que ella empezó a preguntarme si no tenía amigas o conocidas para recomendarlas a sus amigas.

Le dije de una chica misionera hermana de mi cuñada,

quedaron encantados. Me volvió a preguntar. Le presenté una chica que conocía de la capilla, Adriana. A la chica no le agradaba mucho trabajar, pero como teníamos casi la misma edad trabamos bastante amistad.

Ella tenía novio en una oportunidad me presentó a un amigo de éste, era joven, litoraleño como yo, era músico, me regalaba canciones, era muy tímido. Le pregunté si quería ser mi novio y me contestó que sí, que desde que nos vimos no pensaba en otra cosa. Caminamos largo rato de la mano, hasta llegar a una villa cerca de Espeleta, allí me presentó a sus padres. Hablaban el guaraní, me sentí muy a gusto. Luego de un rato me dijo que tendría que volver al trabajo sola pues él debía tocar con su conjunto en una peña folclórica. Antes de irse el joven ejecutó para mí con su guitarra el tema «Pájaro campana» dejándome así prendada para siempre. Volví contenta al trabajo. El fin de semana siguiente me pasó a buscar, nos fuimos a su casa, allí me dijo que debía quedarme con su madre y esperarlo pues él y su padre tenían un compromiso musical. Volvieron al amanecer, intercambiamos dos o tres palabras y se fue a dormir. Esto mismo volvió a suceder casi todos los sábados y así transcurría el tiempo.

Llegó Enero y la señora Cristina me preguntó si conocía el mar, le contesté que no y me dijo: ¡Nos vamos veinte días a San Bernardo!. Y hacia allá partimos y conocí el majestuoso mar, mis patronos también la pasaron bien pues yo me ocupaba todas las noches de los niñitos.

Volvimos todos contentos pero a mi vuelta me espe-

rabán largos días de amargura pues mi hermano Aníbal víctima de un desborde de su enfermedad se suicidó en mi ausencia, dejándonos a todos en la impotencia y desesperación.

Empecé a padecer de insomnio y esto me llevaba a no poder cumplir con mi trabajo me sugirieron que me tomara un tiempo y que volviera sólo los sábados y domingos a cuidar de los niños. Acepté. En la pequeña casa que compartía con mi familia estaba rodeada de conflictos y tal parecía que los problemas económicos se habían devorado a la fraternidad que nos había caracterizado en otros tiempos. Mi salud empeoraba día a día aunque ni yo misma me daba cuenta. Solo dormía y lloraba, empecé a sufrir delirios y me sentía sumamente cansada.

El peso de una oración

Alguien dijo alguna vez que nadie conoce el peso real de una oración. Y doy fe. Es cierto.

Había yo sorteado toda clase de peligros. Me había prácticamente ofrecido a mi novio que me respondió que no, que eso sería sólo el día que estuviésemos seguros. Y así imprudencia una tras otra, salir sola a altas horas de la noche, consumía unas píldoras que me había recetado un seudo psiquiatra que sólo me aumentaban las crisis de delirios. Y siempre tenía la sensación de que algo o alguien me levantaba en brazos cuando me iba a caer. Es que no me queda alternativa en atribuirlo a la ferviente vida de oración, trabajo y contemplación que rodea la corta existencia de mi madre.

Al orar con devoción jamás la oí pedir nada material, ni soñar con una vida más liviana.

Si tengo que definirla creo que era de esas personas que confiaba en Dios como si todo dependiera de Él, pero al mismo tiempo trabajaba como si todo dependiera de ella.

Para ser sincera esta definición no es mía sino que la escuché en la prédica de un misionero católico pero no creo encontrar nada mejor que encaje con el ejemplo de mi madre.

Uno de esos días que concurrí a la capilla del barrio conocí a una joven paraguaya:

-Me llamo Miriam, me dijo, comenzamos una con-

versación muy amena, me contó que trabajaba como doméstica por horas en Capital Federal, también me dijo que su patrona le había encargado que buscara en la capilla una persona de confianza para trabajar con cama que ella me conocía de vista y le agradaría ser mi compañera de trabajo. Le dije que tenía miedo de no ser competente para el trabajo, y me contestó que no era nada del otro mundo. Además cuando me dijo lo que ganaría me pareció mentira porque no era ni remotamente parecido a lo que yo estaba acostumbrada a ganar. Aún así me advirtió que la señora era un tanto difícil de conformar.

unca me tuve mucha confianza pero ya era hora de tomar una decisión.

Viajamos ese mismo lunes hasta la calle Cabildo en Barrancas de Belgrano. Allí me presentó a la señora, que era joven y parecía contenta con mis referencias.

Me dio un uniforme de mucama, era la primera vez que me trataban como una sirvienta y con esto no me estoy quejando sencillamente me gustaría rendirle honor a todas las familias que quizás tienen una pequeña o mediana empresa y que por razones de tiempo contratan a una cabecita negra para ayudar en la casa, tratando de asegurarse que se sienta parte del hogar aunque el sueldo no sea alto que no falte el calor humano ya que la mayoría sufrimos mucho el desarraigo y teníamos carencia de afecto.

Pronto me di cuenta que la opulencia y la frialdad que

me rodeaban eran sólo aparentes ya que la señora aunque muy exigente, era muy humana y dueña de una sólida educación cristiana.

El trabajo consistía en nueve meses en Buenos Aires luego nos trasladamos a la ciudad de Balcarce donde su marido administraba una estancia propiedad de la familia. Al llegar a Balcarce conocí mucha gente buena y sencilla que trabajaba en el campo, me sentí más relajada pasé dos meses buenos con excepción de mi salud que empeoraba día a día.

A mediados del mes de Enero nos trasladamos a la ciudad de Mar del Plata para que los patrones disfrutaran de la playa, allí nos quedamos hasta los primeros días de marzo.

Un domingo de un mes de febrero la señora que me veía desmejorada me dijo: -Necesitas salir del departamento. Te compré un pasaje para conocer Sierra de los Padres un lugar precioso a veinte Km. de aquí. Por más empeño que puse en apurarme a dejar la cocina ordenada llegué tarde, el micro había partido. Malhumorada y melancólica empecé a recorrer las vidrieras de la peatonal. Todo parecía estar mal. Héctor, mi novio, no contestaba mis cartas. Extrañaba a mis sobrinos, tenía un rollito de billetes con mi sueldo de los últimos tres meses, sentí el impulso de dárselos a cualquiera, por suerte no lo hice.

Miraba las vidrieras sin ver, con ganas de llorar. Para colmo advertía con fastidio que un joven me seguía tratando de entablar conversación. Más molesta que nun-

ca, entre en una de las galerías pero él que conocía mejor el lugar dio un rodeo saliendo así a mi encuentro. -¿Por qué estás enojada?

-No estoy enojada, pero no tengo ganas de hablar.

-Y yo creo que te pasó algo

-Es que perdí el micro que llevaba a los turistas a conocer Sierra de los Padres

-El joven sonrió como si hubiera sacado la lotería

-Vivo en esa zona, sale un micro de línea cada hora, si querés te acompaño. Me llamo Juan -me dijo-.

Era arriesgado ir a un lugar apartado con un desconocido, pero yo era osada y estaba aburrida como para rechazar un plan ese día. Además el joven campesino parecía inofensivo. Recorrimos los lugares de las Sierras conversando de diversos temas, hasta que advertí que se me había hecho tarde. Apuramos el despido. Le di mi dirección, el su número de teléfono, - Llamame por favor, me dijo, busco una chica para casarme. Sonreí ante lo que creí una broma.

A los pocos días volvimos a Buenos Aires. Tuve que dejar mi trabajo para cuidar a mis sobrinos. Un mes después recibí una carta de Juan, en ella me decía: «No tengo tiempo para andar de novio así que te pago los gastos y venite que nos casamos». Reí y por supuesto no contesté su carta, yo soñaba concretar con el que decía ser mi novio y que casi nunca veía. Por su parte, Juan, me escribía cada quince días, sus cartas eran alargadas y reconfortantes.

A mediados de julio le contesté por primera vez una de sus cartas. Cuando terminó el invierno mi hermana

me pidió que busque trabajo, pero no busque como antes en la iglesia, compré el diario. Era la época que se podía elegir trabajo. Me tomó un matrimonio de docentes en el barrio de Belgrano, quedé en buscar mis cosas y volver. Pero al llegar estaba esperándome mi amiga y compañera de trabajo Miriam. Estaba pálida y algo agitada: -La señora, me dijo con voz entrecortada, la señora perdió a su chica a pocos días de las vacaciones, esta hecha una fiera.

Y volví a Balcarce por dos razones, el trabajo, y conocer mejor a Juan ya que había tomado una decisión, si era en verdad cierto que él necesitaba una mujer la tendría ¿A cambio de que? A cambio de una cama para que yo pueda acostarme a llorar hasta dejarme morir, pues me sentía agotada y mal.

Unos días antes de viajar le dije a mi novio que ya no volvería de Mar del Plata pues me casaría con otro, el pareció no escucharme.

-Irma cuando vuelvas nos juntamos y tenemos un hijo, así te vas a sentir mejor. Me dijo.

Tampoco lo escuché, lo abracé y salí corriendo hasta que me fallaron las piernas y caí.

Llevaba varias noches sin dormir y sentí que si no ponía algo de mí, la angustia terminaría por consumirme.

En Balcarce conseguí serenarme un poco. El domingo siguiente a mi llegada recibí la visita de Juan. Me sentí extraño cuando me abrazó.

- Es muy caro el taxi, me dijo, lo mejor es casarnos y vivir juntos lo bueno y lo malo.

Le dije que sí. Volvió contento a Sierra de los Padres. En febrero me presentó a su familia, tenían doce hectáreas en una zona espectacular, la vista era hermosa. La madre me daba a cada rato la bienvenida, parecía muy contenta. No así su padre que me dio a entender que Juan no estaba preparado para casarse. Él, en cambio, parecía prendado por mí. Entre ellos se trataban mal, explotaban la tierra con un pequeño tambo del que se ocupaba Juan; su hermano Miguel, en cambio arreglaba jardines en las Sierras.

Fijamos fecha para mayo de ese año. Yo regresé a Buenos Aires y renuncié a mi trabajo y me volví a Mar del Plata para hacer el cambio de domicilio y demás trámites. Me quedé en casa de Juan y advertí que su padre y su hermano no lo trataban bien. -Tendrán que irse ni bien se casen. Me dijo el padre. -El campo está en venta y ustedes no entran en mis planes. Quise volver a Buenos Aires, pero decidí quedarme a tomar la defensa de mi futuro marido, pues según había percibido eran injustos con él. Eran una familia pobre, con la frialdad y falta de afecto que define a los ricos.

En definitiva nos casamos y empezamos a buscar trabajo. Pero Mar del Plata es una ciudad tradicionalmente difícil, máxime en la temporada invernal.

Nos fuimos de caseros con una vecina a la que yo tendría que atender. La mujer era sumamente gentil y cariñosa. Intento enseñarme a tejer y otras cosas que yo

ignoraba. Tenía una hija, Ester, la que al verme sola y confundida se acercó apiadándose de mí, surgiendo así una bella relación que duraría por años.

Por su parte Juan tuvo que pedirle permiso a su padre para seguir ordeñando las vacas pues era el único oficio viable que tenía.

Un comerciante del lugar que vendía productos regionales al turismo le enseñó a fabricar quesos artesanales, fue así que empezó una etapa de bonanza para nosotros pues la tierra en ese lugar es rica y producía abundante leche. Pero era yo muy joven e inmadura y no sabía administrar lo que mi marido ganaba. Por eso al tiempo cuando los padres de Juan vendieron el campo instalándose en la ciudad, nosotros contábamos con muy poco para comprar el terreno.

Buscando arduamente pues en un mes había que abandonar la chacra, Juan consiguió siete terrenos muy accesibles en el precio, en un paraje denominado «La Eudocia».

Con algunas vacas y otros animales nos mudamos allí. La casita de fabricación muy vieja carecía de puerta, pero no me importó. No me importaba nada. Mi padre había muerto recientemente dejándome el sabor amargo del conflicto que había entre nosotros, eso sumado a la frialdad con que nos trataban mis suegros fueron sumando un estrés para mi salud que pagaría muy caro.

Pero tenía yo ya mi cama instalada. La cama que tantas veces soñé para dejarme morir.

Juan por su parte tuvo que enfrentarse sólo a las nuevas dificultades, pues los vecinos ricos no querían gente

nueva en esas tierras. Teníamos perritos utilizando un poderoso veneno mataron a nuestros perros y a nuestras casi cuatrocientas gallinas dejándonos así las vacas como único capital.

Traté de justificarlos diciéndole a mi marido que quizás los antiguos habitantes eran todos ladrones por eso los «señores» por miedo habían cometido semejante atropello.

Luego de esto nos tocó enfrentar al invierno que ese año (corría 1988) se presentó con sequía llevándose una a una nuestras lecheras que estaban acostumbradas a alimentarse bien, dejándonos así sin armas para seguir.

A mediados de ese año sopló un aire que nos renovaría las fuerzas, yo estaba embarazada. En marzo de 1989 nació nuestro primer hijo Facundo era un niño tierno y bello. Pero su llegada también aumentó nuestros gastos, ahora yo no hacía más que llorar, discutir y golpear a mi marido que se mostraba muy paciente conmigo.

En mis ratos de lucidez yo trataba de aconsejar a mi marido para que se hiciera conocer y querer por los estancieros del lugar, después de un tiempo el esfuerzo dio sus frutos y una estancia le dio trabajo, tomándome a mi también para limpiar el chalet a cambio de que me acercará con su camioneta de vez en cuando a la ciudad de Mar del Plata para hacer las compras.

La señora era amable, serena, sincera y servicial como ninguna, siempre y cuando no habláramos de ni un solo centavo, pues allí su rostro se transformaba haciéndome acordar a los administradores a quienes papá llamaba judíos.

Por lo demás todo estaba bien.

Pero yo empecé a tener ataques de ira y daba tremendas golpizas a mi marido, lo que hacía entrar en pánico a nuestro hijito Facundo. También empezó mi cabeza a resentir todo aquello que escuchaba en la radio y no me gustaba, provocaba mi furia. En medio de esas dificultades de salud y económicas a fines de 1992 me di cuenta que estaba otra vez embarazada, con la diferencia que esta vez ni mi marido, ni su familia se mostraron contentos con la noticia.

-¿De verdad estas embarazada? Me dijo mi marido, entonces entré en una profunda crisis de angustia y sencillamente no quería golpear ni gritar, ni comer, no me levantaba para higienizarme. Pero cuando se me cruzaba la idea de suicidarme me decía a mi misma que la vida del bebé era prioridad por lo demás ya vería más adelante.

Y la fecha llegó como llegan todas las cosas un ocho de Agosto de 1993. Fui a parar al hospital materno infantil donde cuando me vio la doctora mi estado de abandono me golpeó fuertemente y así nació mi hija María Belén quien nació con muy bajo peso, pero algo extraño traía la bebé, entre sus manitas pues yo al verla sentí enormes ganas de vivir.

Y volví con la niñita al pequeño rancho que nos sirve de refugio aún hoy en la actualidad.

Y allí empezó la lucha de esos dos héroes que son nuestros hijos a sobrevivir a pesar de mi enfermedad y la falta de idoneidad que caracteriza a nuestro matrimonio, pero como una extraña compensación hacia los ni-

ños empecé a usar todo mi ser especialmente las manos para expresarles mi afecto.

Pero en cuanto a mi, volví a ponerme mal especialmente cuando escuchaba radio, estaba totalmente convencido que las opiniones a veces negativas de los conductores iban dirigidas a mi, lo que despertaba mi furia siendo lo único que me calmaba el reclamo de mis hijos, entonces los tomaba entre mis brazos y sacando de una vez los dos pechos les daba de mamar. Estas situaciones siguieron empeorando, mi marido que me tenía mucho miedo me sugirió que dejara de escuchar radio. Yo, por supuesto, hice caso omiso hasta que un día frío de julio de 1995 escuché que el conductor de un programa del cual yo era admiradora había amanecido triste por alguna causa y empezó a repetir la oración de Santa Teresa que aún recuerdo:

«Nada te turbe,
Nada te espante,
Todo se pasa.
Dios no se muda
La paciencia todo lo alcanza,
Quien a Dios tiene nada le falta,
Solo Dios basta
Eleva el pensamiento,
A Cristo sigue con pecho grande
Y venga lo que venga
Nada te turbe,
Nada te espante»

Entrelacé mis manos fuertemente, no pedía nada, solo trate de abandonarme con mi mente fija. Entonces ocu-

rrió algo aparentemente terrorífico. Me encontraba yo en plena guerra mundial, se me ordenó entonces memorizar una lista de números y así, pesadilla tras pesadilla hasta que al fin desperté. Unas enfermeras trataban de lavarme la cabeza. Después que me dejaron en la cama, pregunté a una joven muy bella que andaba por allí:

«¿Dónde estoy? ¿Dónde están mis hijos?

-No te preocupes, me contestó la joven, (Que por lo visto estaba en peores condiciones que yo)

-Estás aquí porque mataste a tus hijos.

Empecé a lanzar gritos aberrantes, en ese momento se abrió la puerta y vi entrar a tres de mis hermanas que al verme despierta se mostraban muy contentas, lo que me tranquilizo un poco, me preguntaron como me encontraba le contesté que eso no importaba solo preguntaba incesantemente por mis hijos.

-Están bien - me dijeron - no nos pareció prudente traerlos hasta aquí.

Aunque no muy convencida me tranquilicé un poco. Al otro día me entrevistó el médico que estaba cargo de mí.

-He aquí el milagro de la medicina moderna -fueron sus palabras textuales-. Me miró de forma penetrante. Ahora sí, quiero saber lo que te pasó.

Quise enumerarle una larga de serie de causas pero solo atine a decirle:

-Quiero irme de este lugar

-Con gusto pero te tendrás que quedar unos días en observación, además, te repito quiero saber de tus labios que fue lo que te pasó.

Le contesté que me sentía confundida. A partir de ese día el médico me citaba a diario, era extraña la capa-

cidad de contención de aquel hombre. Por lo demás en la sala que compartía con otros pacientes había todo tipo de casos.

Era como si el mismo Dios había querido concurrir al teatro con una obra que le hiciera reír y llorar hasta el delirio. Justo al mes me dieron el alta, con la promesa que cada semana debía visitar a mi médico. Pero yo debía volver al campo con mi familia justo cuando mis hermanos, que se habían mostrado muy fraternales conmigo, estaban en conflicto con mi marido a quien acusaban de desertar de sus obligaciones. En conclusión llegamos hasta la vía judicial y al fin después de seis meses, volví con mis hijos a Mar del Plata en el momento en que nos hallábamos ante una situación económica tétrica. Mi marido buscaba trabajo por los alrededores, más nadie se lo daba. Yo, entre tanto, aunque más lúcida que antes de la crisis, me encontraba totalmente rígida y prácticamente no me movía. Como si fuese un milagro toda la ternura y fidelidad de mi esposo, me atendía con una paciencia infinita procurando por todos los medios que no sufriéramos hambre ni ningún otro flagelo. Cómo no tenía dinero intercambiaba con algunas familias de la ciudad animalitos y productos de granja, como ropa, pañales, en fin todo aquello que necesitábamos. Lo que yo en mi necesidad ignoraba que al protegernos así en el campo estaba evitando también el exponer a nuestros pequeños hijos a todas las consecuencias de la exclusión que en la época de los noventa afectara a miles de familias.

Adulterio

Cuando contaba yo con treinta y siete años los ensañamientos de esta alma mía atormentada estaban lejos de cesar. Era yo el ejemplo más vivo de mi alejamiento de Dios. ¿Mi marido? Era un bastón muy cómodo. ¿Mis hijos? Sólo una responsabilidad que debía asumir.

En ese marco de miseria que caracterizan a las personas que no saben amar, apareció por nuestra casa un jovencito que era tractorista conocido de mi marido. El joven pasaba frecuentemente por la casa y casi sin querer nuestras miradas se hicieron cada vez más elocuentes. Aunque yo misma me negaba a admitirlo.

Hasta que un día me hallo sola y me dijo que quería tener algo en secreto conmigo. Le respondí que se fuera y que por favor no volviera por allí, cuando lo hice pensaba en mi madre, en mi educación, en mi pacatería, hasta sentí ganas de golpearlo, pero no, vino a mi mente lo que realmente debía importar que debiera ser la imagen sagrada de mi marido y mis hijos. El golpe fue muy duro para mi mente aún frágil.

Cuando volvió mi marido le dije que me iba con un amante más joven que yo y no me cansaba de repetirlo.

Mi esposo me acostó haciendo caso omiso a lo que yo repetía, me dio los medicamentos y entonces yo fingí dormir, y cuando al fin el quedó dormido me levanté.

Tenía cinco o seis camisones que me habían regalado, los corte de manera que quedarán muy cortos los acomodé en una pequeña bolsa y luego tomé un viejo monedero que contenía unos centavos y me fui tambaleando por la calle, un vecino me vio pero en el barrio se corría la voz de que yo era alcohólica.

Iba yo feliz, lo tenía todo planeado, conseguiría por supuesto mucho dinero. Una parte para que no le faltara nada a mis hijos y la otra, hasta el mundo entero, la pondría a los pies del joven galán.

Fue mi pequeño hijo el que se dio cuenta que yo no estaba en la casa. Fue a buscarme y como estaba acostumbrado a mis salidas nocturnas llevó un pesado abrigo con el cual me abrigó: -Mamá, vamos a la cama. Juan dormía.

Todo volvió a la normalidad pero yo seguía muy desmejorada.

Una vecina que veía el caso sólo de afuera y que odiaba a mi marido le avisó a mis hermanos diciendo que yo estaba siendo maltratada. Como resultado mis hermanos vinieron a buscarme. Mi marido por supuesto se negó a dejarme ir con los niños. Todo transcurrió en un clima de tensión pero a la vez de calma. Sólo que en mi interior estalló la furia y tomé una decisión lo cual hoy me doy cuenta era la excusa perfecta para concretar el adulterio.

Al otro día temprano fui a la ciudad de Mar del Plata, llamé por teléfono al joven el cual me contestó que un día de estos vendría a verme, lo cual me decepcionó mucho pues yo estaba segura que correría a mi encuentro.

Desde ese día todas las tardes me arreglaba de forma grotesca y me sentaba a esperarlo. Un día me encontró una joven conocida, por supuesto le conté, yo le contaba a todos, al que cruzaba pero nadie me creía incluido mi marido. Pero esta joven lanzó una carcajada y me dijo: - ¿No te das cuenta que quiere sacarse las ganancias con vos? No te olvides que las bolitas no tienen sida.

Yo soy india guaraní, pero todos me tenían por coya, bueno después de todo la diferencia no tiene importancia.

Hasta que un día el joven se percató de que yo estaba sola y vino a verme. Me había puesto yo tantas hebillas, cintas y cadenas que antes que parecer una mujer madura parecía un grotesco payaso. El joven se quedó en la calle y preguntándome si la propuesta seguía en pie.

-Por supuesto (le dije) pasá, tengo el permiso de mi marido y de todos los amigos. El joven se subió a la camioneta aterrado, lo seguí para seguirle contando pero él encolerizado me gritó:

-¿No le da vergüenza hacerle esto al marido excelente que tiene y a sus hermosos hijos?!

Y a continuación siguió un muy serio sermón mientras el joven arrancaba su camioneta. Cuando al fin se fue entré a casa temblando pero aliviada por haberlo espantado. De pronto tuve un dejo de lucidez y lloré amargamente, recordé a mi viejo catecismo, recuerdo que decía con respecto al pecado. Decía: «Pensar, desear, decir, hacer u omitir algo contra la ley de Dios es materia grave». Por lo tanto según mi conciencia había cometido yo adulterio.

Esa misma tarde intente desahogarme contándole a mi marido tratando así de conseguir un poco de paz, pero como siempre no me escuchó, entonces me di cuenta de que en este mundo muchas personas sufren diversas enfermedades con sus síntomas terribles mas casi ningún ser humano sabía la sensación de no ser creíble por ser insana. En tanto, hacía más de quince años que yo no me confesaba o sea que no me reconciliaba con Dios, tampoco podía sostener una oración tan beneficiosa como el rosario.

Entrelacé mis manos con esta oración que era mi preferida: «No me mueve Señor para quererte el cielo que me tienes prometido, ni el infierno por todos para dejar por eso de ofenderte.»

Recuperé un poco de calma. Tiempo después mi marido se enteró de esta historia por una persona que él consideraba seria. La verdad es que nunca lo vi tan dolido. Le pedí perdón de mil maneras; me dijo textuales palabras: «Que el asunto quede olvidado, pero que te quede claro que no me pienso morir hasta después de los cien años y como sos tan cobarde te vas a quedar con las ganas». Por lo que caí en cuenta que Juan me conocía mejor que yo misma.

Por lo demás nada cambió, salvo que Juan se mostraba más gentil y cariñoso que antes conmigo, pero siguieron mis salidas nocturnas de vagar por el campo.

Mis hijos de doce y siete años se pusieron de acuerdo para cuidarme, eran tan maduros como dos adultos.

Asistían a una escuelita rural en la que había muchos conflictos entre alumnos, padres y docentes tanto así

que a esa fecha los dos carecían de instrucción pero la falta de atención en la escuela lo suplían con trabajo eran como dos palomitas enviadas del cielo.

Los años fueron transcurriendo y eliminando nuestras diferencias conyugales, a partir del año dos mil hubo que agudizar más la capacidad de comercializar nuestros productos de granja para evitar pasar hambre.

Nuestro gran sostén era la comunidad boliviana quienes preferían los productos de granja.

Entre familiares y amigos se criticaba mucho a mi marido, sobretodo por su falta de inteligencia e idoneidad, lo acusaban de haber estancado a la familia y a mi aparente desmejoramiento cosa que yo hasta podría aceptar de algún modo, pero no sería honesto de mi parte no poner en la balanza todo lo que le había tocado vivir a mi lado a ese hombre.

Juan había nacido para ser libre, detestaba que le dijeran lo que tenía que hacer, orgulloso de las tareas rurales apenas si visitaba la ciudad para comprar algunas cosas. Admirarlo siempre recuerdo al poeta Atahualpa Yupanqui que dijo muy acertadamente de los hombres del sur: «Pampino de manos fuertes siempre toreando el destino, hombre que baja la frente nada tiene de pampino»

Además a pesar de no haber tenido instrucción ni muchos valores familiares que imitar, respetaba los intereses de los vecinos y clientes, fueran estos pobres o ricos. Cosa que en lo personal me complacía mucho.

Cincuenta dólares

A comienzos del siglo XXI, un gobierno decretó que en medio de una gran crisis todos los desocupados debían recibir 150 pesos, lo que equivalía a cincuenta dólares. En Cáritas nos anotaron, lo que nos ayudó, junto con nuestros animalitos a mejorar nuestra situación aunque todavía tenía una opresión en el pecho pensando que nuestros dos hijos eran prácticamente analfabetos, pero tal como narra la novela de Juan Spyri, Heidi: «Los niños lucían felices rozagantes, trabajadores» esto me conformaba un poco.

El tiempo fue pasando, las vacas nuevas fueron pariendo y nos proveían bastante leche. Nuestra situación económica mejoró bastante. Esto despertó la furia de los terratenientes que siempre codiciaban la pequeña parcela que ocupábamos y también las habilidades para el trabajo rural de Juan y nuestro hijo.

En resumidas cuentas, el doce de junio de 2008 nuestro terrenito fue usurpado por gente de Mar del Plata con la bendición de los vecinos ricos, obligándonos así a que nuestras lecheras vivan en la calle, esto seguido de una impresionante sequía. En definitiva, nuestro trabajo, el sustento y todo lo que nos costó conseguir quedaron diezmados.

Pero como en la vida una es de cal y otra de arena, el nueve de junio de ese mismo año nos visitó una docen-

te que contó que en la escuelita había un salón de adultos. Yo no cabía en mí de la felicidad por fin los chicos se instruirían un poco más.

Las actuales maestras les enseñan, estimulan, ayudan y aconsejan. Cuando nuestra hija cumplió los quince años organizaron una reunión espectacular que fue un orgullo para nuestra pequeña comunidad. Pero lo mejor es que nuestros hijos Facundo y Belén aprendieron a sumar y actualmente montaron un pequeño kiosco ambulante que puedan necesitar de urgencia los pobladores de la zona. Esto ayuda a palear un poco los problemas económicos. Mirándolos proveer de todo o que pueden para la familia, asistir a clases, ser nuestro consuelo y compañía. Darme cuenta de que por fin formamos con Juan una familia unida y fraterna. Pienso en la misericordia de Dios y que Él nunca se deja ganar en materia de generosidad pues me compensó de una adolescencia tormentosa a esta familia que poseo ahora, que bien sé no me la merezco por no haber amado nunca a mi marido tal y como él se lo merece. Quizás por eso vienen a mi memoria los versos de Carabajal: «Podrás casarte sin amor, sembrar en tu vientre el llanto. Si no hay sol la cosecha dará frutos amargos». Pero los frutos de esta unión eran muy dulces y llenos de luz.

En cuanto a mis hermanos consiguieron lo que soñaban cuando trabajaban y estudiaban en los yerbales misioneros.

Isabel, la mayor de las mujeres es representante en el Gran Buenos Aires de unas cacerolas muy conocidas.

Dora, la segunda se casó con un carpintero chaqueño, hombre de muy buenos sentimientos, ambos tuvieron tres hijos llevan una vida muy tranquila y próspera en la provincia de Misiones.

En cuanto a los varones José Osvaldo es también un próspero almacenero. En el año 2006 se juntaron para que me pueda tratar con un buen psiquiatra y mejorar notablemente mi calidad de vida.

«No me abandones Señor a mi sola voluntad,
Ni a la ignorancia o a la debilidad humana
O a mis méritos,
Ni a nada que no sea tu cuidadosa providencia».

Esta oración que leí en una reflexión que hace la iglesia católica en la edición de la Biblia latinoamericana y con la cual me siento plenamente identificada por haber sido asistida fraternalmente por familiares, amigos, gente conocida y también desconocidos como los residentes bolivianos en Mar del Plata, gente que llegó de muy lejos a trabajar en el cordón fruti hortícola que rodea esta ciudad y que a pesar de sus condiciones de vida siempre nos reciben cuando llevamos nuestros productos con una exultante alegría y buena disposición. Es como si entráramos a una isla con un gran muro donde no pueden entrar la indiferencia, el egoísmo, paradójicamente es como si estuvieran vacunados contra las miserias humanas que arrastran consigo el confort y la vida moderna.

Y como si esto fuera poco hace ya un año me inscribí en la escuela de mis hijos donde me causa mucho placer

escribir, especialmente las palabras alusivas para las festividades puntualmente. Y adonde la docente me alentó para escribir estas páginas.

Por eso cuando mi hija María Belén me preguntó:

-Mamá ¿le vas a poner a tu libro el nombre de tu pueblo?, es decir, «Huellas de un santo»

-No hija -le contesté- eso me queda un poco grande. Las mías son solamente las huellas de una cabecita negra.

Y como lo que me resta es agradecer a Dios, a la vida, a este maravilloso mundo que nos toca vivir. Y que espero de corazón que mi experiencia de vida sirva a aquellos que en algún momento de la vida se sientan desanimados y porque a pesar de lo que nos tocó vivir sientan como yo una brisa que me susurra al oído y que me dice el final de las maravillosas palabras reflexivas de Juan XXIII «Sabrás del dolor» y que termina así: «Sabrás de la deserción de los tuyos y el desden de los que se creen perfectos, por último, sabrás que Él esta contigo.»

Índice

Prólogo	7
Primero, Carta a los Corintios	9
Mamá	15
Papá	17
Navidad en la selva	19
Éxodo	21
Juan Pablo II	25
La vuelta	27
La primera ida al cine	29
El viaje	31
El alemán	33
Mí camino	35
El peso de una oración	43
Adulterio	55
Cincuenta dólares	61



Hay que conocer a Irma Ortellado para escuchar la frase «¡Ay no señorita!» acompañada de una risa tímida de una mujer pequeña que transmite desde su negativa la fuerza necesaria para certificar que puede construirse lo que parece imposible. ¿Será que es así su vida?, empujar a los no para convertirlos en posibilidades de creación.

Llegué a su casa un día de invierno con una meta inalterable, invitarlos a volver a la escuela. Y el silencio del campo, lejos del ruido, se llenó de palabras.

Me dijo «Sabe que yo escribo», trajo un cuaderno y frente a lo que suponía mi tarea, «la corrección ortográfica», tuve un sentimiento de imposibilidad porque cada frase estaba escrita con el cuerpo, con el error, con el alma.

Siempre el buen decir, la mirada crítica, la aceptación de las diferencias, el silencio cálido que sabe disimular dolores y transformarlos.

Necesitamos a muchas Irmas para alentar las cualidades de los maestros.

*Con amor
Su maestra, Silvia.*